
SOBRE *TOMAR LAS AULAS. LAS CLASES DE TEORÍA Y ESTUDIOS LITERARIOS FEMINISTAS*, DE LAURA ARNÉS, MARÍA JOSÉ PUNTE, JULIA KRATJE, DANIELA DORFMAN, PAULA DANIELA BIANCHI Y FLORENCIA ANGILLETTA

Sofía Belén Gómez Salinas
Universidad de Buenos Aires
sofiasalinas766@gmail.com



∞

Tomar las aulas. Las clases de teoría y estudios literarios feministas, de Laura A. Arnés, María José Punte, Julia Kratje, Daniela Dorfman, Paula Daniela Bianchi y Florencia Angilletta; Buenos Aires: Madreselva, 2023; 700 pp.; ISBN: 978-987-3861-71-0.

Continuando la propuesta teórica, crítica y pedagógica del parteaguas que fueron y son los tomos de la *Historia feminista de la literatura argentina* (Eduvim, 2020, 2022, 2023, 2024) –revisión e



incorporación feminista del y al canon literario argentino de lecturas, objetos y textos olvidados o, más bien, ignorados por el proyecto nacional, cultural y político—, *Tomar las aulas. Las clases de teoría y estudios literarios feministas*, con el cual comparte varias de sus autoras y colaboradoras, es la potencia, el proceso y el efecto del deseo(s), convocado por estudiantes, docentes e instituciones, por demás esperado de un espacio al interior de la universidad para otras formas de posicionamiento frente a y con los textos.

Tal como se encarga de señalar Laura A. Arnés en la “Introducción”, las clases aquí recopiladas son el fruto de una decisión tomada por el Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en el año 2020 acerca de la formación de una Cátedra especializada en Estudios de Género, de la cual nace la materia de grado libre y optativa de la carrera de Letras: Teoría y Estudios Literarios Feministas. De esta forma e instalándose de lleno en la “politicidad del presente” (10), el libro se construye respuesta y pregunta a la vez, anafórica de, a y con un presente que coquetea con el fascismo.

Si atendemos a las coordenadas temporales y espaciales del libro, el mismo da un paso al costado, que es un paso hacia atrás para devolverle la mirada al futuro y así sensibilizarse con el aire de época; ofreciendo preguntas y tensiones de un activismo que cruza práctica y teoría, o tal vez los devuelve a la síntesis que solo puede darnos algo como el trabajo docente. Es así que plantea en su devenir otro recorrido, con modos de leer diferenciados en pos de circulaciones afectivas y de sujetos críticos que se planteen a sí mismos y a los textos como cuerpos deseantes, en comunidad y en parentesco.

En el libro, el aula se concibe potencia: discursiva y subjetiva. En tanto docentes y estudiantes se enfrentan a la teoría literaria y feminista con preguntas, lecturas y posicionamientos que retoman en un viaje intergaláctico —he aquí el mapa-galaxia de los feminismos, en oposición a las híper mercantilizadas y simplificadas “olas” del norte global, que acompaña y hace mella con el libro— por movimientos, activismos, pensamientos, teorías, y en fin textualidades. Desde sus comienzos —con sus protos, derivas y negativas a ser— hasta lo que entendemos por actualidad. Siempre de manera introductoria, lo que no implica dejar de lado la complejidad sino de saberse limitado en extensión y exhaustividad. Justamente, el objetivo es lograr un acercamiento representativo al lector, que paladee sus variantes y que lo incentive a sumergirse en sus profundidades.

Si el texto es consciente de su devenir otro se debe a que es especialmente consciente que *habla otra lengua*: la lengua de la incomodidad, traducida en rebeldía por el simple pero revulsivo factor de construirse en los límites mismos de la fuga lingüística. A propósito de Julieta Kirkwood, socióloga, politóloga y activista feminista y lesbiana chilena, y la conformación de los feminismos de y en América del Sur, Arnés describe la enrevesada “habla” que Kirkwood juzga necesaria e inevitable en los feminismos de esta parte del mundo y sus contactos con los espacios de formación e investigación: “nuestra *habla feminista*: esa dicción incómoda para la academia, que no siempre se produce en las aulas universitarias y que perfora los límites entre disciplinas y géneros” (83, el subrayado nos pertenece). Puntualmente, el texto habita otro *locus*, las palabras al igual que su particular lectura hacen chocar aquí las placas tectónicas del saber académico desde sus entrañas, las aulas, al exigir la desnaturalización no solo de los saberes y las “citas” endogámicas (15, la “violencia epistémica” de la que habla Sara Ahmed y que retoma Arnés de forma continua en sus clases) a la que nos obliga la academia sino también, y tal vez principalmente, a desaprender parte del oficio como estudiantes, docentes e investigadores de Letras, cómodos en nuestra biblioteca, de

la cual entendemos depende nuestra autoridad. Volver a esta un espacio no seguro, a una *danger zone* de plataformas inestables y movedizas; y entrar en ella como si fuera la primera vez, al interior de una casa que no nos *pertenece*, para vaciarla, para romperla y para volverla a llenar: con otros objetos, otros libros o con los mismos pero dados vuelta, boca arriba, abajo, de costado o en el piso. De lo que se trata es de *tomarla* para nosotres y para ello es necesario volver a armarnos, armamentística y ontológicamente.

De forma más concreta, la división genérica textual estalla haciéndose eco de la crítica y la política que hace del género la(s) pregunta(s) disparadora(s): reapropiado y redeterminado en modos de leer y cuestionar las textualidades y las ficciones (las literarias y las que no). Sin embargo, si existe un eje que persiste es la materialidad corporal en su concepción más barthesiana (1993). Las clases y lecturas aquí expuestas leen al *cuerpo*, expresado de las más diversas formas: escrito, audiovisual, pictórico, textil y en su sentido más literal. Y permiten, a su vez, la reciprocidad erótica de este hacia y desde el cuerpo lector. La apuesta y la invitación con la que surgen tanto la Cátedra como el libro es la de amplitud: de los marcos literarios y con ello la posibilidad de elegir posicionarse crítica y políticamente de forma diferenciada frente a la literatura y al mundo. La posición desde la que leemos, desde la cual, en parte, *elegimos* situarnos es crucial para captar la coyuntura teórica de la iniciativa. Por demás está decir que la invitación es un llamado que solo se conforma en su respuesta; las lecturas de estudiantes que siguen, física y temáticamente (esto es, la construcción de un *continuum*) a las clases son ejemplo de la eficacia de dicha interpelación.

No es menor recordar que a pesar de incluir diversas intervenciones que varían en género y forma, el libro contiene en su gran mayoría clases; por lo que los subtítulos que acompañan y dividen en partes son más un recurso pedagógico producto de un programa académico que una división en temas concretos. La inflexión está tal vez en la vuelta y la (re)vuelta de pensamientos, ideas y teorías; en repensar los problemas una y otra vez desde todos sus lentes posibles: “El problema del género como problema epistemológico”, “Mujeres públicas y otras ficciones”, “De la revolución sexual a la revolución textual” y “Lo que queremos es que nos deseen”. El objetivo o punto de llegada está en la transformación del “lector” –que entendemos por “posición lectora”–, esto es, de una apuesta hacia y sobre la realidad colectiva que reinvente la crítica a partir de la posibilidad de otros instrumentos de análisis, modos de leer y conocer. Hacer estallar el sentido, y si se quiere, de una catástrofe epistemológica.

“El problema del género como problema epistemológico” funciona como introducción más allá de la “Introducción” al encargarse de delimitar el significante “género” como categoría crítica, problema y “*el lugar de una pregunta que se renueva constantemente*” (29, la cursiva pertenece al texto). En primer lugar, traza una posible historización de la(s) ciudadanía(s) que tenga en cuenta su construcción sobre aquella de expulsión, a manera de contrato social. Ser ciudadane es ser generizado, clasado, racializado, etc. No se *es* sino género y así sucesivamente. En *continuum*, aparecen las llamadas “teóricas del género” y sus modos de leer al mismo para dar sentido a aquello elidido y hacerlo instrumento de lectura y análisis: Teresa de Lauretis y su inflexión foucaultiana de “tecnologías del género” y Judith Butler con el género como *performance*, “cita” que deviene iterabilidad. En fin, género como molde. Le sigue la pregunta ¿cómo salir(se) del género? Donna Haraway responde con la figura del *ciborg*, es decir, límite y negación, en “Manifiesto para ciborgs”.

Aparece entonces la ley, refractaria de Estado y ciudadanía, ¿quién habla, quién puede hablar? Y más importante, ¿quién puede hablar ante la ley? La literatura, dice Daniela Dorfman en

su clase “El género ante la ley”, citando a Julio Ramos, tiene la capacidad de señalar la caducidad de esta al conformar nuevos sujetos jurídicos (118). No tanto como adelanto sino a modo de potencia imaginaria al ampliar el campo de percepción y sensibilidad. La fuerza testimonial es apreciada, además, por Dorfman en su lectura de *Por qué volvías cada verano* (2018) y *Donde no hago pie* (2021) de Belén López Peiró titulada “Cuando la abusada habla (o escribe)”. La escritura del testimonio por parte de la víctima confluye con el registro del juicio y lo relatado por los testigos, y hace de la justicia jurídica el efecto de la firma testimonial.

Tanto en “Mujeres públicas y otras ficciones” como en “De la revolución sexual a la revolución textual” se destaca aún más la articulación entre literatura y teoría feminista. Dando comienzo a esta sección, Florencia Angilletta parte de la ya *tantológica* dicotomía, y aquí me adelanto a la aparición de la figura de Sylvia Molloy, público/privado para desamarla: “sostengo que los feminismos reescriben la distinción entre ámbito público y privado, por lo cual, más que esta díada, me interesa pensar en la reinención de lo común como aquello que sucede en las tres esferas: la pública, la privada y la del Estado” (165). La división sexual que organiza la vida social es constituida y leída en la literatura en función de un desplazamiento textual. La domesticidad en el imaginario social es el espacio relacionado a la pasividad y la reproducción; en cambio, según la académica Nancy Armstrong (1987), este puede ser el espacio de una potencia diferenciada y de una particular forma de poder.

¿Qué es el trabajo en la Modernidad y, en especial, en su refundición (que es más creación que otra cosa) del siglo XX? ¿Qué ocurre cuando se quiebra la díada y las mujeres salen a la calle? ¿Cómo aprovecharse del género para acceder a lo vedado? Son todas preguntas que articulan estos dos momentos. Figuras importantes de la cultura tales como Victoria Ocampo son leídas, además, a través de los lentes de una perspectiva feminista que devuelve al centro de la cuestión a una mujer que ha dedicado gran parte de su carrera a crear un espacio para “la mujer y su expresión”, desde su activismo y actividad en la revista *Sur*, en obvio diálogo con Virginia Woolf. La revista es leída por Arnés desde un ángulo no comúnmente visitado: la revalorización y puesta en el centro de autores en gran parte disidentes en oposición a lecturas que resaltan su carácter elitista eurocentrista.

Es ciertamente productivo observar los cambios que hacen a la literatura el desvío crítico feminista de los 70 y, más que nada, de los 80 y posteriormente en la década del 90. Alrededor de esta dos última décadas es que Latinoamérica se mete de lleno y con entusiasmo en los debates feministas literarios: Sylvia Molloy, Silvia Delfino y Beatriz Sarlo, son algunas de las críticas argentinas que darán batalla en las trincheras de la crítica en vistas de otras operaciones posibles sobre y con los textos. De más está mencionar la visión de Molloy, que sin declararse lectora del *género*, logró un trabajo sobre el texto y con el texto pocas veces antes visto, aprovechando de manera implícita mucha de la teoría feminista en auge del momento; como es en el artículo ampliamente revisitado y citado por la productividad de las herramientas críticas que ofrece, “La flexión del género”. Lo mismo puede decirse de una crítica como Josefina Ludmer y su texto “Las tretas del débil”. Laura Arnés trabaja ambos textos de forma intensiva en su clase “El género y sus metáforas. Una introducción a la teoría y crítica literaria feminista”. Cabe destacar que estos dos textos son importantes por las operaciones que realizan sobre el canon mismo de la literatura, he allí su productividad: en la flexión que la lectura posa sobre el texto.

Por último, “Lo que queremos es que nos deseen” lee las problemáticas de la literatura gay, lesbiana y *queer* (si siquiera existe algo así como estas es problemática suficiente) y su contracara

crítica: con sus contactos, desvíos y negativas respecto del norte global en la contingencia latinoamericana e indígena. Se rescata la crítica de Guadalupe Maradei acerca de una perspectiva kuir del sur americano, quien resume en una simple proposición una forma de pensar y de visión respecto a las problemáticas disidentes sexo-genéricas; en la cual se destaca el valor que tienen los conceptos como interrogantes para nuestras lecturas. Dice “la literatura como un espacio de problematización de las identidades sexo-genéricas” (564), desde las formas del género literario – sus quiebres y torsiones– en los cuales la diferenciación activista halla su potencia y capacidad de expansión hasta la movilización de deseos y afectos en esa misma diferencia.

Siguiendo esta línea, María José Punte introduce a las infancias y de qué manera leerlas en la crítica contemporánea. ¿Cómo definir las en tanto grupo minorizado (afectado y etario)? ¿Por qué hacerlo desde y con lo *queer*? ¿Y cómo hacerlo? “Infancias *queer* o lo *queer* de la infancia” es el nombre que da título a la clase que gira en torno a qué resignificaciones son posibles en este ida y vuelta (y por qué no revuelta) entre infancia y *queer*. Cuáles son aquellos puntos de contacto y tejidos que hacen de estos dos significantes un *continuum* de un único significado, dos caras de una misma moneda. De este modo, Punte traduce este puente, que se parece mucho a una línea de fuga, en la visión (y con ello una semántica) de un anamorfismo. Encuentro crítico que resume en la cita de Kathryn B. Stockton: “Rasca a un infante, hallarás a un *queer*” (632).¹ Se insiste, de nuevo, en la expansión de la huida como carácter definitivo en la conformación de un sujeto no lineal, ajeno al progreso al que se lo proyecta e inscribe y, por último, por fuera del lugar de la expectativa adulta. La norma castradora y la inocencia nostálgica (que así se pretende) o la nostalgia por la inocencia fallan en buscar en el infante el objeto de sus pretensiones, ya que siempre este encontrará el recoveco, el rincón o la falda de una mucama su lugar predilecto de la travesura y el éxodo.

Tomar las aulas recupera en su interior un recorrido pocas veces habilitado para el estudiante, docente e incluso investigadores del área. Muchas veces producto de una huida al género por ideaciones que escapan a nuestra consideración pero que fácilmente podemos intuir: el peligro de lecturas tautológicas (Ludmer) por un lado o quizás un deseo férreo de textualidad sin contexto de quienes siguen rindiendo pleitesía al estructuralismo y a su post. Pero no queremos seguir especulando. Si hay algo que genera *Tomar las aulas* es una vocación para y con los textos, que nunca termina por desvirtuar así el contexto; más bien, trabaja con lecturas que ofrecen miradas y visiones que quiebran el artificio sexo-genérico para apropiarlo del lado de la literatura: zona nocturna de ficciones frente a los relatos diurnos artificiales de la norma. Ambas ficciones, entonces cabe preguntarse ¿qué se lee y cómo se lo lee?

Poder elaborar y leer ficciones y escrituras tiene que ser el germen de una potencia disruptiva de mitos. “Las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo” (Audre Lorde),² eso seguro que no, primero una debe observarla, leerla: por partes, de costado y colgando boca abajo en busca de la deformación de la ley. La galaxia feminista aquí desplegada construye en una gran red tentacular “las genealogías que nos precedieron” (Álvarez Falconis, 571) y nos ubica en la situación de seguir repensando, reimaginando y reinventando las herramientas que servirán para hacerla caer, ladrillo a ladrillo. La misma es una extensión formal de invitación a participar de

¹ “Scratch a child, you will find a *queer*”. Todas las traducciones pertenecen a la autora excepto los casos en que se señale lo contrario.

² “The master’s tools will never dismantle the master’s house”.

las calles y las aulas de forma crítica con herramientas de nuestra red afectiva y diferenciada en constante cuestionamiento.

Bibliografía

- ARNÉS, Laura, *et al.* 2023. *Tomar las aulas. Las clases de Teoría y estudios literarios feministas*. Buenos Aires: Madreselva.
- BARTHES, Roland. 1993. "Lección inaugural". *El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France*. México: Ediciones Siglo XXI.